

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 45
Para no volver a La Mancha

Article 18

1997

La actitud quijotesca

Enrique Verastegui

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Verastegui, Enrique (Primavera 1997) "La actitud quijotesca," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 45, Article 18.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss45/18>

This Otras Obras is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

LA ACTITUD QUIJOTESCA

Enrique Verástegui

Durante toda mi infancia me pasé leyendo libros que, de un modo u otro, podrí­a situar en aquello que podríamos denominar libros escritos en base a la actitud quijotesca, especialmente *Las mil y una noches* que, a mis cuatro, o cinco años, leí con el infinito placer de una mente despierta a la aventura y que, en verdad, se divertía, o sufría, y vivía las peripecias de muchos de aquellos personajes del libro árabe que me obligaban a viajar atado a las patas del ave Roc, como si fuese el mismo Simbad o a, terminada la lectura, preguntarle a mamá si yo también podía comer huevos de tortuga porque, claro está, Simbad, en su destierro, también los había comido. Estos fueron, más o menos, los libros que yo leía apasionadamente en aquella no tan lejana época en que, sin embargo, ya me preparaba para leer *El Quijote*, libro que figuraba en mi biblioteca y al que, continuamente, le daba la vuelta entre mis manos hasta que un día, cuando tenía 14 años, consideré que ya estaba mayorcito y que había llegado la hora de penetrar en la lectura de este clásico de las letras castellanas que todos me recomendaban leer y que yo, consciente de mí mismo, como siempre, no me había cuidado de leer sino hasta cuando fuese la edad adecuada, que ya había llegado. Entonces cogí *El Quijote* — una gruesa, empastada, y bella edición española hecha con letra menuda - y me metí entre las aventuras del Ingenioso Caballero, su caballo Rocinante, su amada Dulcinea, y su roñoso escudero, Sancho Panza.

Hasta ese entonces los libros eran objetos sagrados para mí, y todavía lo continúan siendo, pero cuando llegué al capítulo donde Quijote se enfrenta contra los molinos de viento solté la carcajada, y comprendí que *El Quijote* no sólo era el mejor libro de habla castellana sino, también, sobre todo, un poderoso liberador de las energías que llevamos contenidas dentro

y que ese enfrentamiento contra el mundo, esa lucha que el caballeroso Quijote emprendía contra los fantasmas que asolan la vida inocente, era exactamente la lucha que yo, de algún modo, llevaba contra mi entorno no porque tuviese enemigos sino porque la literatura me había transformado en un héroe de sus páginas, que vivía sus aventuras, y sufría con ellos. Naturalmente mis amigos no llegaban a comprender el que yo llegara a combinar tan perfectamente la aventura de la vida en las calles con la aventura imaginativa pero a aquellos, entre los chicos de colegio, que me cafan bien — eran estudiosos y tenían el comportamiento decente de todo muchacho que se quemaba las pestañas — yo no tenía recomendarle la lectura de determinado libro y, así, a mis catorce años, después de haberme sacudido con *el Quijote*, presté mi ejemplar a uno de esos muchachos y, aunque me quedé sin libro, pasé a considerarme yo un Quijote preparado para asumir sus funciones de aventurero en la vida de aquella prodigiosa década de los años 60 que tan generosa ha sido conmigo y tantas experiencias, maravillosas experiencias, me ha brindado.

El hecho de que don Quijote fue exactamente el héroe que había logrado captar mi interés y el hecho, igualmente maravilloso, de que yo leyese la biografía de un Cervantes que leía todo, hasta los papeles rotos que encontraba en las calles, me marcó de un modo definitivo y para siempre pues, y esto forma parte de la actitud quijotesca que ha caracterizado mi vida, también yo me dediqué a leer todo tipo de libros, incluyendo los papeles que encontraba arrojados en el suelo de las calles por donde entonces caminaba. Esa actitud quijotesca ha sido la de mi vida y ella ha normado todo aquello que he resuelto emprender cada vez que he decidido hacer algo. En buena medida, no he sido sino otro Quijote que ha caminado por el mundo y que, de algún modo, se asume quijotesca en la vida porque, también, ésta ha sido una época quijotesca. El Quijote siempre andaba con la lanza bajo el brazo porque debía “desfazer entuertos” y se enfrentaba a todo tipo de enemigos, aparentemente poderosos pero, en realidad, destruibles como Goliath: eso es lo que yo llamo actitud quijotesca y que defino como la necesidad que tiene el hombre de rebelarse contra su destino, una rebelión que, de algún modo, me parece fástica y que, por serlo, constituye la condición de su propio éxito. Si estos son los presupuestos de toda actitud quijotesca también lo son de aquella misma actitud que, encarnada en una persona de carne y hueso, se rebela contra el mundo, y esa fue mi actitud, siendo niño todavía, cuando decidí ser catequista de la Iglesia católica y también la de mi ruptura con el medio social en que vivía cuando, a los quince o dieciséis años, decidí leer a los socialistas de aquel entonces, aunque mi vocación literaria se encontraba definida desde la infancia.

Todos hemos tenido amigos íntimos que saben más de nosotros que nosotros mismos y yo también he tenido esos amigos íntimos que comprendieron que no había ninguna contradicción entre amar los libros y

ser, incluso, escritor, y admirar a los socialistas precisamente porque el socialismo, que acaba de renunciar al poder, pero no a la historia, fue también una actitud quijotesca que, de algún modo, llevó el bienestar a su población, y aseguró la paz en aquellas zonas balcanizadas de ese inmenso continente que es Rusia. Esa misma actitud quijotesca fue la que me llevó a romper totalmente con la familia de la que yo provenía, una familia de la burguesía nacional, de moral estoica, y vida puritana, que se precia de poseer entre sus miembros a varios gerentes del capital francés, y a varias monjas al servicio de El Vaticano de Roma, y que, aunque me dio la formación católica de la irrestricta fidelidad a los principios, entendía que la literatura no era el mejor medio de ganarse la vida en este país. Sin embargo, a pesar de ello, fui lo suficiente Quijote como para elegir la literatura y lo definitivamente loco como para creer — cosa que muy pocos creen todavía — que al mundo sólo lo podía cambiar la poesía, y la literatura: una creencia que no sólo he mantenido sino que ahora, cuando me acerco a la madurez de mis años, he acentuado de un modo tal que los puentes están cortados y no me queda sino continuar defendiendo la tesis de que, sin literatura, resulta imposible mejorar el mundo en que vivimos no sólo porque se trate de una creencia sino, fundamentalmente, porque esa es una ley histórica del conocimiento en nuestros países, los latinoamericanos, y los europeos, que, como vemos, se levantan de entre sus ruinas empuñando los libros en que ellos creen, y que son libros de literatura.

Shakespeare, Goethe, Dante, y Cervantes informan la mente, y las costumbres, de los europeos que han levantado toda una civilización pero, igualmente, en el oriente, el medio oriente, el lejano oriente, o la India, los libros sagrados de los Vedas, *El Avesta*, o el *Tao-te-king* informan la vida de esas poblaciones que suman millones de millones de gentes que diariamente recitan los versos de sus libros sagrados y en los que se dice que la actitud del escritor es exactamente la misma que la de cualquier sacerdote bahaman, y que, incluso, es una actitud divina. Esos pueblos, que poseen civilizaciones milenarias, y tan hermosas como la nuestra, nos dicen que entre todas las actividades la literatura no sólo es la mejor sino, también, la más sagrada, y Cornelio Castoriadis — el filósofo de moda en Europa que ha analizado todos los problemas políticos que se generaron con la llamada guerra fría — afirma también que la literatura es una praxis, y que se trata de una praxis superior a la tecnológica. Esa fue también la visión de Hegel, y esa ha sido la visión de todas las filosofías desde los presocráticos. Esto sólo quiere decir una cosa: que la actitud quijotesca es una frase positiva y que lo quijotesco que entra en contradicción con el mundo termina siempre por cambiar al mundo precisamente porque lo quijotesco implica el resumen de todos los valores — bien, ética, belleza — en el hecho mismo de la acción, y su realización a través de la acción, único puente con el mundo. Si esta actitud quijotesca surge en la literatura se debe a un solo motivo: a que la

literatura es la conciencia del acontecer y a que no puede existir acontecer sin conciencia.

Así, la propuesta de Cervantes resulta eterna y ese, sin lugar a dudas, ha sido el motivo por el cual *El Quijote* constituye no sólo un tesoro del alma española sino, también, una de las mayores realizaciones del hombre universal sobre esta tierra: Freud lo comprendió de ese modo y, en el siglo pasado, los románticos alemanes fueron los primeros que reivindicaron a Cervantes. El delirio tiene su lógica pero la realidad no posee lógica alguna y se nos va a aparecer siempre como un caos: ser delirante, entonces, es ser lúcido pero ser lúcido es ser coherente. Esa coherencia es la del *Quijote*, y ese Quijote somos todos.

Ciertamente, llevamos sangre española en las venas — una sangre producto de la conquista hecha por hombres, como aconsejó Sancho Panza, porque, y esto lo dijo el Quijote, nuestro destino hubiera sido otro si a esta tierra hubieran llegado españolas a quienes, con toda seguridad, les hubiéramos enseñado el arte delicioso de hacer el amor que desarrollaron los mochicas, y con quienes nos hubiéramos llevado mejor porque ése, también, era el consejo de Fourier: los ejércitos deben ser conformados por mujeres y los hombres deben irse a fabricar pasteles — única forma de concluir con las guerras y hacer que las partes dirimentes se entiendan en el lecho. No llegaron españolas, y hoy seríamos un país desarrollado. Llegaron españoles, y hoy somos sólo un país en vías de desarrollo. No me gustan las japonesas ascéticas que no hacen el amor — que, como ustedes saben, son dueñas del mundo ahora — y, por eso, para concluir con la lógica de esta ponencia, asumo nuevamente aquella actitud quijotesca que me permitió ser, sucesivamente, catequista de la iglesia católica, socialista en los años 60, nuevamente catequista, poeta, militante de Hora Zero, y ahora miembro de aquella sociedad secreta de tipo esotérico que se llama *Sociedad para la liberación de las rosas* (que espera la llegada del Cristo del tercer milenio), para viajar hacia España a reivindicar el ancestro aristocrático de mi padre y así, igual que el Inca Garcilaso, reivindicar allí la relación aristocrática entre la sangre incaica y la sangre vasca.

Estas son épocas de crisis: el mundo de la economía reivindica el pequeño jardín y quienes admiramos a los socialistas, que se pasaron muchísimas décadas ensuciándose las manos con el tizne de las fábricas, hoy hemos vuelto, como si se tratase de una vuelta en espiral, a la aristocracia para continuar la lucha desde otra perspectiva: reivindicar el alma para llevar angelicalidad a los pueblos — una muestra de lo cual es el proyecto global de mi *Ética* — después de haber reivindicado el cuerpo, como lo quería Marcuse, y haber triunfado en esa reivindicación, haciendo que la población mundial se interese por su propio cuerpo. Esa es la actitud quijotesca: hemos triunfado, al reivindicar el cuerpo, pero continuamos en lucha, y el triunfo fundamental es continuar en lucha.